

tenciosa e ignorante. Y, sobre todo, incoherente. Básicamente, porque Lisón confunde desde hace años aparatos conceptuales y aspiraciones teóricas distintos, su pretexto de que el estudio antropológico debe ir sumando análisis funcionalistas, estructuralistas, hermenéuticos, etc., como si todos fueran compatibles y se limitaran a mostrar diversas dimensiones de una misma realidad. Mucho ayuda a este «todo vale» la ausencia en su obra

de rigurosos contrastes teóricos, y el uso de un estilo literario que permite todo tipo de coyundas y ensamblajes, estilo que merecería un análisis retórico o lo Geertz, y que resulta desmesurado, si se lo compara al menos con el pobre beneficio que de su lectura se extrae, tanto para el conocimiento etnológico como para la delectación y el divertimento literarios.

Alvaro PAZOS

PETER WALDMANN (ed.)

Beruf: Terrorist. Lebensläufe im Untergrund
(München, Verlag C. H. Beck, 1993)

Mucho se ha escrito sobre los diferentes factores que supuestamente han favorecido el surgimiento del fenómeno terrorista, objetivo para el cual se han utilizado diferentes metodologías y formas de abordar el tema. Prácticamente la totalidad de estos trabajos se han centrado en aspectos históricos, organizativos e incluso psicopatológicos, considerándose en la mayoría de los casos que las aportaciones que pudieran realizar los propios protagonistas de las acciones carecían de cualquier validez e interés científico. La no consideración de la perspectiva que poseen los propios *sujetos* sobre sus propias acciones, provocaba la conversión de éstos en meros *objetos* inanimados incapaces de poseer el necesario raciocinio y capacidad objetiva para ubicarse ellos mismos, de forma desapasionada, dentro de un determinado contexto.

Tradicionalmente, la sociología ha adolecido de este sesgo en algunos enfoques metodológicos aplicados. Los sociólogos cualitativos son los que en mayor medida han optado por integrar a los *sujetos* en cuanto tales a sus trabajos de investigación. Sin embargo, son los antropólogos los que antes y de forma más sistemática han utilizado las aportaciones realizadas directamente por los protagonistas de los procesos.

Utilizando en cierta medida técnicas desarrolladas por estos últimos (sin reconocerlo explícitamente), Peter Waldmann, el compilador de *Beruf: Terrorist*, intenta sentar las bases para acometer un análisis basado en la dialéctica entre las descripciones *emic* y *etic*. El primer tipo de descripción tendría su fundamento en los elementos socialmente significativos de un sistema determinado, en nues-

tro caso concreto, de las experiencias y percepciones específicas de los activistas armados, mientras que el segundo requiere una completa y exhaustiva conceptualización, por parte del investigador, de aquellos elementos y características no exclusivos de un sistema, lo cual permite establecer comparaciones significativas entre los diferentes sistemas, aspecto este último que plasma Peter Waldmann en uno de los capítulos finales. Utilizar esta técnica, todavía poco empleada hasta el momento en el campo de las ciencias sociales para aplicarla al análisis de los presupuestos psicosociales a nivel individual y en grupo —presupuesto éste también escasamente abordado en el estudio de la violencia política—, supone emprender una aventura que a la vista de los resultados ha merecido ampliamente la pena. Esta perspectiva, unida al método biográfico, posibilita conjugar aspectos objetivos y subjetivos, corrientes sociales y expresiones cotidianas de los protagonistas y de determinados acontecimientos históricos de fácil ubicación espaciotemporal.

Valiéndose de estas técnicas, el compilador ha logrado penetrar en los aspectos personales y militantes de las vidas de diez activistas armados y un colectivo, pertenecientes a diferentes países del mundo occidental. Se ha intentado escoger aquellos países que representan los casos más significativos en lo que a violencia política se refiere, aunque ésta pudiera ser el resultado de causas bien distintas. Los activistas de las organizaciones terroristas seleccionados pertenecen al País Vasco e Irlanda del Norte, tomados

como ejemplo de violencia étnico-religiosa (capítulos elaborados por Fernando Reinares, Werner Herzog y Madelaine von Buttlar), los casos de Argentina y Quebec, sociedades ambas condicionadas por haber poseído un pasado colonial (apartados desarrollados por María José Moyano y Ann Charney), y por último los de Italia y Alemania, caracterizados por el desarrollo en el seno de sus sociedades de un terrorismo de marcada orientación marxista y anarquista (capítulos de cuya redacción se encargaron, respectivamente, Donatella della Porta y Uwe Backes). Todos los capítulos dedicados a cada uno de los países comienzan con un breve resumen de la historia reciente de la violencia política y de la propia organización terrorista a la que pertenecían los protagonistas.

Existen una serie de elementos clave en la vida de estas personas a las que se presta una particular atención ya que, según la sociología tradicional, estas variables nos permiten conocer cómo se ha producido el proceso de socialización y cuál ha sido la forma en la que ha tenido lugar la integración de estas personas en cada uno de los colectivos, aspectos éstos que nos orientan en la búsqueda de aquellos factores que en principio pudieran ser determinantes a la hora de caracterizar la tipología específica de un terrorista. Variables como la valoración personal del pasado como terrorista, descripción de la familia y de la niñez, socialización política y radicalización, relación con la organización armada, etc., permiten obtener una perspectiva global, y establecer una serie de comparaciones significa-

tivas. Los resultados que nos ofrece este trabajo desmienten muchas de las conclusiones a las que habían llegado otros estudios de orientaciones marcadamente psicológicas, los cuales destacaban los traumas infantiles, la privación relativa y la frustración de expectativas, entre otras variables, como factores causales de la actividad terrorista. Estas teorías psicológicas de agregados no son fácilmente aplicables a la realidad, por la simple razón de que la mayoría de las personas han sufrido unos procesos de socialización muy similares al de los terroristas, y sin embargo no han exteriorizado su insatisfacción con el sistema a través de la violencia. Por otra parte, como se demuestra en este estudio, la vida de los activistas durante su niñez en muy pocas ocasiones puede ser considerada como problemática; muy al contrario, ésta es recordada por sus protagonistas con agrado, y un elemento nuevo a tener en cuenta, en no pocos casos, es el hecho de que es la madre quien insufla el espíritu de rebelión contra la injusticia social a los futuros activistas, aunque, en general, los padres solían enterarse de las actividades de sus hijos tiempo después de que éstas hubieran dado comienzo. Otro factor de capital importancia a tener en cuenta en el despertar de los intereses políticos y la posterior radicalización son los conocidos y amigos, ya que es en este ambiente en el que tiene lugar el proceso de socialización principal y más perdurable durante la adolescencia. En general, se constata también la ausencia de experiencias decisivas que empujaran a los actores a la lucha armada; únicamente ciertas manifes-

taciones o huelgas que se produjeron durante el período escolar de los protagonistas ejercieron cierta influencia en la posterior elección de la acción violenta como vía para exteriorizar la insatisfacción.

Con respecto a las acciones terroristas, las autojustificaciones que se elaboran son de tres tipos: unos afirman que imperaba la ley del *ojo por ojo y diente por diente*; otros se defienden afirmando que el auténtico agresor lo constituía el Estado, y, por último, un tercer grupo defendía la tesis de que después de haber escogido la vía armada, la consecuencia lógica era que murieran personas. En general, se puede afirmar que existe una relación inversamente proporcional entre los escrúpulos de los terroristas por asesinar a sus víctimas y el número de asesinatos. La mayoría justifica el pasado aunque niega que la lucha armada pudiera ser eficaz en el presente.

Las relaciones que a nivel individual se establecen con las organizaciones dependen del temperamento y de la situación jerárquica del sujeto. El conformismo de los miembros del grupo lo achacan al estrecho contacto que existía dentro del núcleo, lo cual impedía a éstos recibir influencias externas y cuestionar muchas decisiones de dudosa eficacia. Independientemente de los objetivos de los grupos, éstos poseían unos puntos de referencia externos los cuales les permitían afianzarse en su particular percepción del entorno: la victoria de Fidel Castro en Cuba, la guerra de Argelia y la guerrilla urbana en Uruguay, principalmente. Para algunas organizaciones resultaba de gran importancia percibir el apoyo de la

población (País Vasco, Italia y Argentina), y aquellos grupos que claramente no disfrutaban del apoyo popular, lo único que podían hacer era fingirlo (Alemania). Teniendo en cuenta las variables citadas anteriormente y que parecen tener una mayor importancia a la hora de condicionar la actitud violenta de unos individuos, resulta que los factores sociales parecen poseer bastante más importancia que los políticos a la hora de impulsar la lucha armada.

Un problema que se plantea a la vista de este trabajo es: ¿hasta qué punto son representativos los casos expuestos? Este problema se ha intentado subsanar a través de la elección de activistas que no se significaron por su destacada posición jerárquica dentro de la organización. Sin embargo, a pesar del intento de reducir al mínimo el posible «error de muestreo», se produce un sesgo muy importante que impide generalizar las conclusiones: prácticamente en la mayoría de los casos, los ex terroristas entrevistados, si no han abjurado de su pasado, sí al menos se encuentran en vías de reinserción, lo cual nos impide conocer cuál es la *Weltanschauung* que poseen aquellos activistas «duros» que estando en prisión no han sufrido todavía un proceso de resocialización. Este sesgo es implícitamente reconocido en la biografía colectiva realizada a los activistas alemanes.

Una de las conclusiones que se puede obtener de este estudio es que no existe un terrorista tipo que se caracterice por poseer una psicopato-

logía definida. Muy al contrario, los activistas armados son hombres y mujeres de caracteres muy distintos, que por diversas razones y bajo condiciones sociales específicas, están dispuestos a poner en práctica formas extremas de violencia. En todo caso, tampoco está de más afirmar que aquellas variables de la trayectoria vital de una persona que permiten conocer en qué sentido se ha producido la socialización, podrían únicamente revelarnos las condiciones necesarias, pero jamás suficientes para que alguien llegue a la conclusión de que la única vía que existe para la transformación de la sociedad es la lucha armada.

Especial interés merece para el lector español el capítulo dedicado al País Vasco, redactado por Fernando Reñares. Después de una breve introducción sobre la evolución del problema vasco desde el período franquista hasta la transición y consolidación democráticas, aborda el análisis de un antiguo miembro de ETA (pm) —actualmente reinsertado, y al que se hace referencia con el sobrenombre de Goio—, del cual traza su historia de vida.

Para concluir se puede afirmar que el presente trabajo constituye una valiosa aportación al estudio de los condicionamientos psicosociales y de aquellos elementos socializadores que, de una u otra forma, ejercen una influencia decisiva a la hora de impulsar a unos determinados individuos a utilizar la violencia para la defensa de unos ideales.

Oscar JAIME